



STEPHEN KING  
LA CÚPULA

# LA CÚPULA

# STEPHEN KING

# LA CÚPULA

Traducción de  
**Roberto Falcó Miramontes**  
y **Laura Manero**

PLAZA  JANÉS

Título original: *Under the Dome*

Primera edición: mayo, 2010

- © 2009, Stephen King  
Publicado por acuerdo con el autor, representado por Ralph M. Vicinanza.
- © 2010, Random House Mondadori, S. A.  
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
- © 2010, Roberto Falcó Miramontes y Laura Manero Jiménez,  
por la traducción.
- © 1980, Zevon Music, por el extracto de “Play It All Night Long”. Publicado por Zevon Music e Imagem Music. Todos los derechos reservados. Reproducido con permiso de los propietarios.
- © 1989, SHORT TRIP MUSIC (BMI). Administrado por BUG MUSIC, por el extracto de “Talkin’ at the Texaco”. Letra y música de James McMurtry. Todos los derechos reservados. Reproducido con permiso de los propietarios.

Agradecemos la colaboración de Javier Martos y José Oscar H. Sendín, moderadores de la web [www.ka-tet-corp.com](http://www.ka-tet-corp.com), dedicada exclusivamente a Stephen King.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-33752-9

Depósito legal: B. M. 14.504-2010

Compuesto en Lozano Faisano, S. L. (L’Hospitalet)

Impreso y encuadernado en Dédalo Offset  
Ctra. de Pinto a Fuenlabrada, s/n  
28320 Pinto (Madrid)

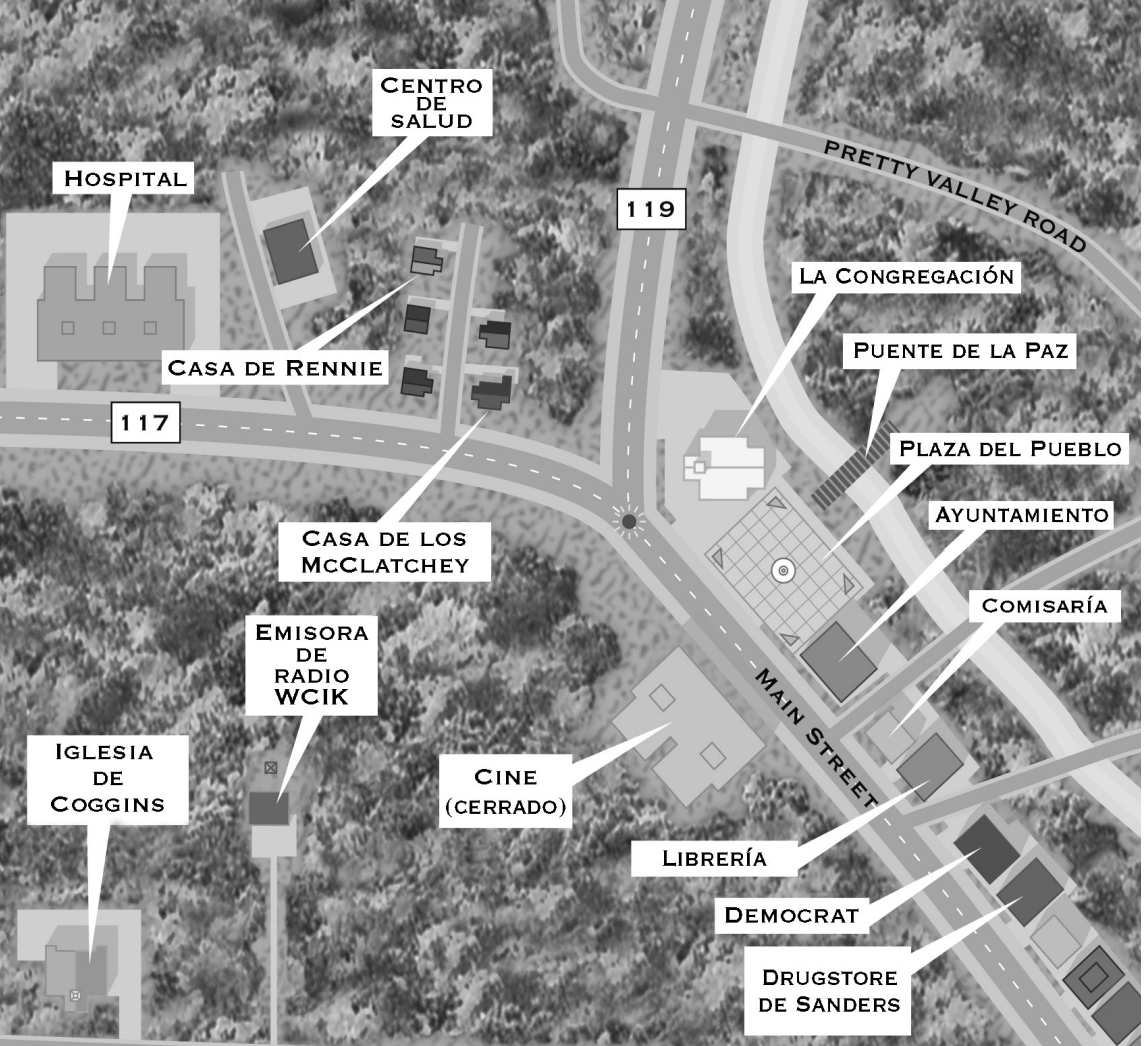
L 3 3 7 5 2 9

*En recuerdo de Surendra Dabhyabhai Patel.  
Te echamos de menos, amigo mío*

*Who you lookin for  
What was his name  
you can prob'ly find him  
at the football game  
it's a small town  
you know what I mean  
it's a small town, son  
and we all support the team*

[¿A quién estás buscando?  
¿Cómo se llamaba?  
Seguramente lo encontrarás  
en el partido de fútbol.  
Esta es una ciudad pequeña,  
ya sabes lo que quiero decir,  
esta es una ciudad pequeña, hijo,  
y todos apoyamos al equipo.]

JAMES MCMURTRY



CENTRO DE SALUD

HOSPITAL

CASA DE RENNIE

LA CONGREGACIÓN

PUENTE DE LA PAZ

PLAZA DEL PUEBLO

AYUNTAMIENTO

COMISARÍA

CASA DE LOS MCCLATCHEY

EMISORA DE RADIO WCIK

CINE (CERRADO)

LIBRERÍA

DEMOCRAT

DRUGSTORE DE SANDERS

IGLESIA DE COGGINS

PRETTY VALLEY ROAD

119

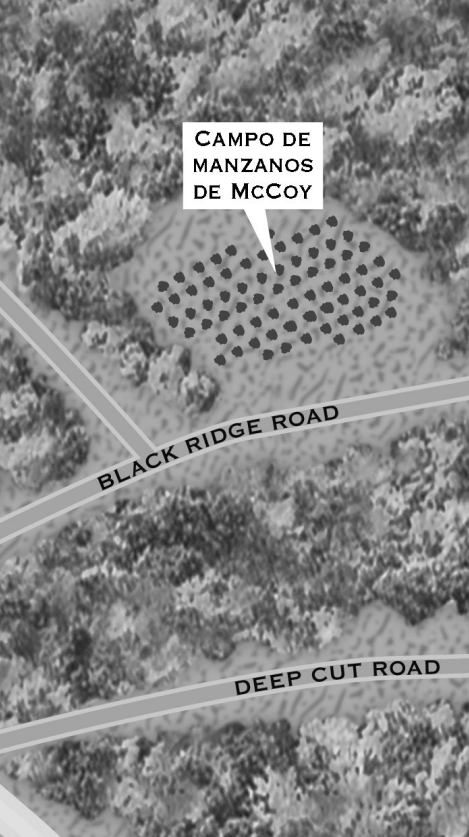
117

MAIN STREET

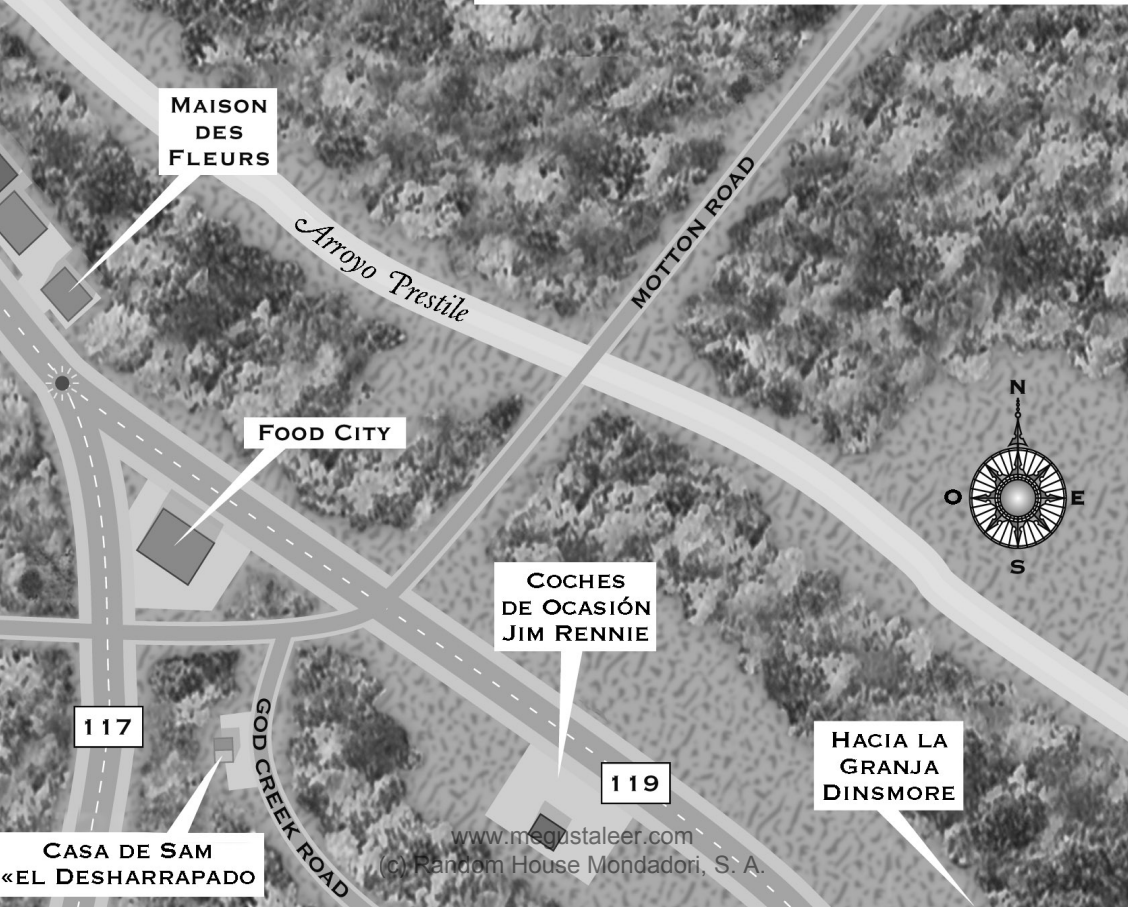
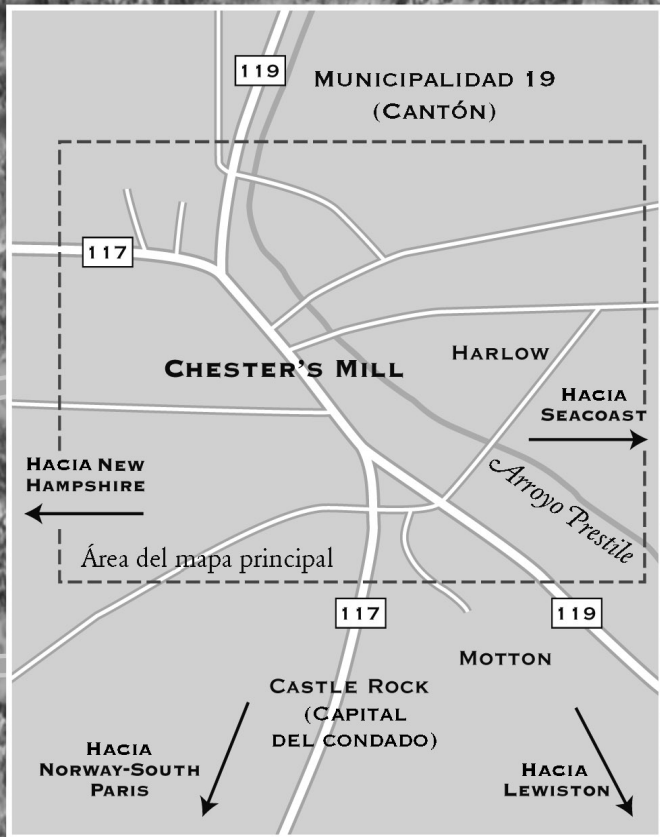
LITTLE BITCH ROAD

MOTTON ROAD

# CHESTER'S MILL, MAINE



CAMPO DE MANZANOS DE MCCOY



MAISON DES FLEURS

FOOD CITY

COCHES DE OCASIÓN JIM RENNIE

HACIA LA GRANJA DINSMORE



**ALGUNOS (AUNQUE NO TODOS) DE LOS QUE ESTABAN  
EN CHESTER'S MILL EL DÍA DE LA CÚPULA:**

FUNCIONARIOS MUNICIPALES

Andy Sanders, primer concejal  
Jim Rennie, segundo concejal  
Andrea Grinnell, tercera concejala

PERSONAL DEL SWEETBRIAR ROSE

Rose Twitchell, propietaria  
Dale Barbara, cocinero  
Anson Wheeler, lavaplatos  
Angie McCain, camarera  
Dodee Sanders, camarera

DEPARTAMENTO DE POLICÍA

Howard «Duke» Perkins, jefe de policía  
Peter Randolph, ayudante del jefe de policía  
Marty Arsenault, agente de policía  
Freddy Denton, agente de policía  
George Frederick, agente de policía  
Rupert Libby, agente de policía  
Toby Whelan, agente de policía  
Jackie Wetington, agente de policía  
Linda Everett, agente de policía

Stacey Moggin, agente de policía/secretaria  
Junior Rennie, ayudante especial  
Georgia Roux, ayudante especial  
Frank DeLesseps, ayudante especial  
Melvin Searles, ayudante especial  
Carter Thibodeau, ayudante especial

#### SERVICIOS RELIGIOSOS

Reverendo Lester Coggins, Iglesia del Santo Cristo Redentor  
Reverenda Piper Libby, Primera Iglesia Congregacional

#### PERSONAL MÉDICO

Ron Haskell, médico  
Rusty Everett, auxiliar médico  
Ginny Tomlinson, enfermera  
Dougie Twitchell, enfermero  
Gina Buffalino, enfermera voluntaria  
Harriet Bigelow, enfermera voluntaria

#### NIÑOS DEL PUEBLO

Joe McClatchey «el Espantapájaros»  
Norrie Calvert  
Benny Drake  
Judy y Janelle Everett  
Ollie y Rory Dinsmore

#### VECINOS DIGNOS DE SER MENCIONADOS

Tommy y Willow Anderson, propietarios/encargados del bar  
de carretera Dipper's  
Stewart y Fernald Bowie, propietarios/encargados de la Funeraria Bowie  
Joe Boxer, dentista  
Romeo Burpee, propietario/encargado de Almacenes Burpee's  
Phil Bushey, chef de dudosa reputación  
Samantha Bushey, su mujer  
Jack Cale, gerente del supermercado

Ernie Calvert, gerente del supermercado (jubilado)  
Johnny Carver, encargado de la tienda 24 horas  
Alden Dinsmore, ganadero de vacuno lechero  
Roger Killian, criador de pollos  
Lissa Jamieson, bibliotecaria del pueblo  
Claire McClatchey, madre de Joe «el Espantapájaros»  
Alva Drake, madre de Benny  
«Stubby» Norman, anticuario  
Brenda Perkins, mujer del sheriff Perkins  
Julia Shumway, propietaria/directora del periódico local  
Tony Guay, reportero de deportes  
Pete Freeman, fotógrafo de prensa  
Sam Verdreaux «el Desharrapado», borracho del pueblo

#### FORASTEROS

Alice y Aidan Appleton, huérfanos de la Cúpula («Cupuérfanos»)  
Thurston Marshall, hombre de letras con conocimientos médicos  
Carolyn Sturges, estudiante de posgrado

#### PERROS DIGNOS DE SER MENCIONADOS

Horace, corgi de Julia Sumway  
Clover, pastor alemán de Piper Libby  
Audrey, golden retriever de los Everett

# **LA AVIONETA Y LA MARMOTA**

A dos mil pies de altura, donde Claudette Sanders disfrutaba de su clase de vuelo, la pequeña localidad de Chester's Mill relucía bajo la luz de la mañana como algo recién hecho y servido. Los coches avanzaban lentamente a lo largo de Main Street entre destellos de sol. El campanario de la iglesia de la Congregación parecía lo bastante afilado para perforar el inmaculado cielo. El sol recorría la superficie del arroyo Prestile mientras el Seneca V lo sobrevolaba: avioneta y agua cruzando la ciudad a lo largo del mismo curso diagonal.

—¡Chuck, me parece que veo a dos niños junto al Puente de la Paz! ¡Pescando! —Se sentía tan feliz que se rió.

Las clases de vuelo habían sido cortesía de su marido, que era primer concejal del pueblo. Pese a ser de la opinión de que si Dios hubiese querido que el hombre volara le habría dado alas, Andy era un hombre sumamente maleable, y al final Claudette se había salido con la suya. Había disfrutado de la experiencia desde el primer momento. Pero aquello no era mero disfrute; aquello era euforia. Ese día, por primera vez, había comprendido de verdad qué hacía que volar fuera algo tan extraordinario. Qué lo hacía tan genial.

Chuck Thompson, su instructor, movió la palanca con suavidad y después señaló el tablero de mandos.

—No lo dudo —dijo—, pero hay que volar cara arriba, Claudie, ¿vale?

—Perdón, perdón.

—No pasa nada. —Llevaba años enseñando a volar y le gustaban los alumnos como Claudie, esos que estaban ansiosos por aprender algo nuevo. A Andy Sanders eso podría costarle una fortuna

dentro de poco; a su mujer le encantaba el Seneca y había expresado su deseo de tener uno igual que aquel pero nuevo. Un aparato como ese debía de costar alrededor de un millón de dólares. Aunque no era lo que se dice una consentida, no se podía negar que Claudie Sanders tenía unos gustos bastante caros que Andy, un hombre afortunado, parecía satisfacer sin problemas.

A Chuck también le gustaban los días como ese: visibilidad ilimitada, nada de viento, condiciones perfectas para una clase. Aunque así, el Seneca se sacudió un poco cuando su alumna se pasó corrigiendo la posición.

—Cuidado, ten siempre en mente pensamientos alegres. Ponte a ciento veinte. Sigamos por la carretera 119. Y desciende hasta novecientos.

Eso hizo ella, dejando el Seneca una vez más en perfecto equilibrio. Chuck se relajó.

Pasaron por encima de Coches de Ocasión Jim Rennie y luego dejaron atrás el pueblo. A ambos lados de la 119 había campos y árboles llenos de color. La sombra cruciforme del Seneca aceleraba sobre el asfalto, un ala oscura rozó brevemente a una hormiga humana con una mochila a la espalda. La hormiga humana miró hacia arriba y saludó. Chuck le devolvió el saludo, aunque sabía que aquel tipo no podía verlo.

—¡Joder, hace un día espléndido! —exclamó Claudie.

Chuck se rió.

Solo les quedaban cuarenta segundos de vida.

## 2

La marmota avanzaba bamboleándose por el arcén de la carretera 119, avanzaba en dirección a Chester's Mill, aunque el pueblo quedaba todavía a kilómetro y medio de distancia e incluso Coches de Ocasión Jim Rennie no era más que una serie de titilantes destellos de luz solar dispuestos en filas allí donde la carretera torcía hacia la izquierda. La marmota había planeado (en la medida en que pueda decirse que una marmota haya planeado nada) volver a internarse en la vegetación mucho antes de llegar tan lejos, pero por el momento el arcén le parecía bien. Se había alejado de su madri-

guera más de lo que había sido su primera intención, pero el sol le calentaba el lomo y los aromas que percibía su nariz eran frescos y formaban en su cerebro unas representaciones rudimentarias que no llegaban a ser imágenes.

Se detuvo y se irguió un instante sobre las patas traseras. Ya no veía tan bien como antes, pero sí lo suficiente para distinguir a un humano que caminaba en dirección a ella por el arcén contrario.

La marmota decidió que avanzaría todavía un poco más. A veces los humanos dejaban tras de sí cosas buenas para comer.

Era un animal viejo, y gordo. En sus tiempos había saqueado más de uno y más de dos cubos de la basura, y conocía el camino hasta el vertedero de Chester's Mill tan bien como los tres túneles de su madriguera; en el vertedero siempre había cosas ricas que comer. Avanzaba con el complacido bamboleo de los ancianos, vigilando al humano que caminaba por el otro lado de la carretera.

El hombre se detuvo. La marmota se dio cuenta de que la había visto. A su derecha, justo delante de ella, había un abedul caído. Se escondería ahí debajo, esperaría a que el hombre pasara y luego buscaría algo succulento que...

Los pensamientos de la marmota llegaron hasta ahí, y pudo dar tres pasitos bamboleantes más a pesar de que había quedado partida por la mitad. Después se desplomó en el borde de la carretera. La sangre salía a chorros y borbotones; las tripas se despararraron sobre la tierra; las patas traseras dieron dos rápidas sacudidas, después quedaron inmóviles.

Lo último que pensó antes de esa oscuridad que a todos nos llega, a marmotas y humanos por igual, fue: *¿Qué ha pasado?*

### 3

Todas las agujas del panel de mandos cayeron inertes.

—¿Qué narices...? —dijo Claudie Sanders.

Se volvió hacia Chuck. Tenía los ojos muy abiertos, pero en ellos no había pánico, solo desconcierto. No había tiempo para el pánico.

Chuck ni siquiera llegó a ver el panel de mandos. Vio el morro del Seneca arrugándose hacia él. Después vio cómo se desintegraban las dos hélices.

No hubo tiempo de ver más. No hubo tiempo de nada. El Seneca explotó por encima de la carretera 119 y se precipitó sobre los campos como una lluvia de fuego. También llovieron pedazos de cuerpos. Un antebrazo humeante (de Claudette) aterrizó con un golpetazo junto a la marmota tan limpiamente seccionada.

Era 21 de octubre.

# **BARBIE**

Barbie empezó a sentirse mejor en cuanto pasó por delante del Food City y dejó atrás el centro. Al ver el cartel que decía ESTÁ SALIENDO DEL PUEBLO DE CHESTER'S MILL ¡VUELVA MUY PRONTO!, se sintió aún mejor. Se alegraba de estar ya en marcha, y no solo porque en Mill le hubiesen dado una paliza. Lo que le animaba era simplemente el hecho de poner tierra de por medio. Había estado por lo menos dos semanas paseándose por ahí bajo su propia nube negra antes de que lo apalearan en el aparcamiento del Dipper's.

—En el fondo no soy más que un trotamundos —dijo, y se echó a reír—. Un trotamundos camino de Big Sky, Montana. —Joder, y ¿por qué no? ¡Montana! O Wyoming. La jodida Rapid City, en Dakota del Sur. Cualquier lugar menos ese pueblo.

Oyó un motor que se acercaba, se volvió —caminando hacia atrás— y levantó el pulgar. Lo que vio fue una bonita combinación: una furgoneta Ford vieja y sucia con una joven rubia y atractiva al volante. Rubio ceniza, su rubio favorito. Barbie le dedicó su sonrisa más seductora. La chica que conducía la furgoneta le correspondió con una de las suyas y, madre de Dios, si tenía más de diecinueve años Barbie habría sido capaz de tragarse el cheque de su última paga del Sweetbriar Rose. Demasiado joven para un caballero de treinta veranos, sin duda, pero perfectamente legal, como habrían dicho en los días de su campechana juventud en Iowa.

La furgoneta disminuyó la marcha, él echó a andar hacia ella... y entonces el vehículo volvió a acelerar. La chica le dedicó una mirada fugaz cuando lo pasó de largo. Su rostro aún sonreía, pero había en él arrepentimiento. «Se me ha ido la olla por un mo-

mento —decía esa sonrisa—, pero la sensatez ha vuelto a imponerse.»

Barbie creyó que la conocía de algo, pero era imposible decirlo con seguridad; los domingos por la mañana el Sweetbriar era siempre una casa de locos. Sin embargo, le parecía haberla visto allí con un tipo mayor, seguramente su padre, los dos con la cara semienterrada en una sección dominical del *Times*. De haber podido hablar con ella mientras pasaba de largo, Barbie le habría dicho: «Si te fiabas de mí para que te preparase una salchicha con huevos, bien podrías haberte fiado para llevarme unos kilómetros en el asiento del copiloto».

Pero, claro, no tuvo oportunidad, así que se limitó a levantar la mano en un breve saludo que daba a entender «ningún problema». Las luces de freno de la furgoneta parpadearon, como si la chica lo hubiera reconsiderado. Después se apagaron y aceleró.

Durante los días siguientes, cuando las cosas empezaron a ir de mal en peor en Chester's Mill, Barbie reviviría una y otra vez ese pequeño instante bajo el cálido sol de octubre. Pensaría en ese segundo parpadeo de duda de las luces de freno... como si la chica al final lo hubiera reconocido. *Es el cocinero del Sweetbriar Rose, estoy casi segura. Quizá debería...*

Sin embargo, ese «quizá» era un abismo por el que se habían precipitado hombres mejores que él. Si ella de verdad lo hubiera reconsiderado, todo habría cambiado a partir de entonces en la vida de Barbie. Porque ella había conseguido escapar; él jamás volvió a ver ni a la rubia atractiva, ni la vieja furgoneta Ford F-150. Debió de cruzar los límites de Chester's Mill unos minutos (o incluso segundos) antes de que la frontera se cerrara de golpe. Si él hubiera ido con ella, estaría fuera sano y salvo.

*A menos, claro está, pensaría más tarde, cuando no había manera de conciliar el sueño, que hubiese perdido demasiado tiempo reconociéndome. En tal caso, aun así, yo no estaría aquí. Y ella tampoco. Porque el límite de velocidad en ese tramo de la 119 es de ochenta kilómetros por hora. Y a ochenta kilómetros por hora...*

En ese punto siempre pensaba en la avioneta.

La avioneta lo sobrevoló justo después de que él pasara por Coches de Ocasión Jim Rennie, un lugar por el que Barbie no sentía ningún aprecio. No es que hubiera comprado allí una tartana (hacía más de un año que no tenía coche, el último lo había vendido en Punta Gorda, Florida). Era solo que Jim Rennie Jr. fue uno de los tíos de aquella noche en el aparcamiento del Dipper's. Un chico que tenía algo que demostrar, y lo que no pudiera demostrar por sí solo lo demostraría formando parte de un grupo. Así era como hacían negocios los Jim Junior del mundo, por lo que Barbie había podido comprobar.

Sin embargo, eso había quedado atrás. Coches de Ocasión Jim Rennie, Jim Junior, el Sweetbriar Rose (¡Las almejas rebozadas son nuestra especialidad! Siempre *enteras*. Nunca *en trozos*), Angie McCain, Andy Sanders. Todo, incluido el Dipper's. Nuestras estuendas palizas servidas en el aparcamiento, especialidad de la casa. Todo había quedado atrás. Y ¿qué tenía delante? Pues las puertas de América. Adiós, pueblucho de Maine; hola, Big Sky.

Qué diablos, tal vez bajara otra vez hacia el sur. Por muy bonito que fuera ese día en concreto, el invierno acechaba a solo una o dos páginas del calendario. El sur tenía buena pinta. Nunca había estado en Muscle Shoals, y le gustaba cómo sonaba. «Piélagos de Músculo» era pura poesía, joder, y la idea de ir allí lo ilusionó tanto que, cuando oyó el ruido de la avioneta, miró al cielo y, lleno de entusiasmo, le dedicó un gran saludo al viejo estilo. Esperó un movimiento de alabeo en respuesta, pero no lo hubo, y eso que el Seneca volaba a velocidad de tortuga y a muy poca altitud. Barbie supuso que serían turistas disfrutando de las vistas —era un día ideal para ellos, con los árboles encendidos— o tal vez fuera algún chaval sacándose la licencia de vuelo, demasiado preocupado por no cagarla para molestarse en contestar a terrícolas como Dale Barbara. Sin embargo, les deseó un buen día. Tanto si eran turistas como si era un chaval a seis semanas aún de su primer vuelo en solitario, Barbie les deseó un buen día. Era una mañana agradable, y cada paso que lo alejaba de Chester's Mill la hacía aún mejor. En Mill había demasiados gilipollas y, además, viajar era bueno para el alma.

*A lo mejor habría que mudarse por ley en octubre, pensó. Nue-*

*vo lema nacional: EN OCTUBRE, TODOS DE MUDANZA. Te tomas un permiso en agosto para recoger los bártulos, en septiembre avisas con la debida semana de antelación, y luego...*

Se detuvo. No muy lejos, al otro lado de la carretera, había una marmota. Una marmota gorda de cojones. Y lustrosa y atrevida, además. En lugar de escabullirse entre la hierba alta, seguía avanzando. La copa de un abedul caído ocupaba la mitad del arcén, y Barbie apostó a que la marmota correría a esconderse allí y aguardaría a que el malvado Dos Piernas pasara de largo. Si no, se cruzarían cual dos trotamundos: el de cuatro patas rumbo al norte, y el de dos, rumbo al sur. Barbie deseó que fuera eso lo que pasase. Sería chulo.

Esos pensamientos pasaron por su mente en cuestión de segundos; la sombra de la avioneta seguía estando entre la marmota y él, una cruz negra que recorría la carretera. Entonces sucedieron dos cosas de forma casi simultánea.

La primera fue la marmota. Estaba entera y de pronto quedó partida en dos. Las dos partes se sacudían y sangraban. Barbie se detuvo, boquiabierto, la mandíbula inferior colgaba inerte de su articulación. Era como si hubiera caído la hoja de una guillotina invisible. Y entonces fue cuando, justo encima de la marmota cerceñada, la avioneta explotó.

### 3

Barbie miró hacia arriba. Del cielo caía una versión aplastada al estilo Mundo Bizarro de la bonita avioneta que lo había sobrevolado unos segundos antes. Retorcidos pétalos de fuego color naranja y rojo pendían en el aire por encima del aparato, una flor que todavía se estaba abriendo, una rosa Tragedia Americana. El humo salía en torbellinos de la avioneta mientras se desplomaba.

Algo se estrelló en la carretera, hizo saltar por los aires trozos de asfalto y giró sin control hacia la hierba alta que crecía a la izquierda. Una hélice.

*Si hubiese rebotado hacia mí...*

Por un momento, Barbie se vio seccionado por la mitad —igual que la desafortunada marmota— y se volvió para echar a correr.

Algo cayó con un ruido sordo delante de él. Gritó. Pero no era la otra hélice; era una pierna de hombre enfundada en un pantalón vaquero. No se veía sangre, pero la costura lateral se había abierto y dejaba al descubierto carne blanca y pelo negro e hirsuto.

No había ningún pie.

A Barbie le parecía que corría a cámara lenta. Vio uno de sus propios pies, calzado en una vieja bota de trabajo llena de rozaduras, dar un paso y caer en el suelo. Después desapareció tras él mientras su otro pie avanzaba. Todo despacio, muy despacio. Como si viera la repetición de una jugada de béisbol en la que un tipo intenta robar la segunda base.

Detrás de él sonó un tremendo ruido hueco, seguido por el estallido de una explosión secundaria, seguido por una embestida de calor que lo alcanzó de pies a cabeza y lo empujó como una mano abrasadora. Después, todos sus pensamientos se esfumaron y en su lugar no quedó más que la cruda necesidad corporal de sobrevivir.

Dale Barbara corrió para salvar la vida.

#### 4

Unos cien metros más adelante, la gran mano abrasadora se convirtió en una mano fantasma, aunque el olor a gas ardiendo —además de un hedor más dulce que debía de ser una mezcla de plástico fundido y carne chamuscada— era intenso y le llegaba en una brisa ligera. Barbie corrió otros sesenta metros, después se detuvo y dio media vuelta. Estaba sin aliento. No creía que fuera por haber corrido; no fumaba, estaba en forma (bueno... más o menos, las costillas del lado derecho todavía le dolían a causa de la paliza en el aparcamiento del Dipper's). Pensó que debía de ser por el terror y la confusión. Podrían haberlo matado los restos de la avioneta que caían del cielo —no solo la hélice fuera de control—, o podría haber muerto quemado. Que no sucediera había sido pura suerte.

Entonces vio algo que lo dejó sin respiración. Se enderezó y miró otra vez hacia el lugar del accidente. La carretera estaba cubierta de escombros; realmente era un milagro que nada le hubiera golpeado y, como poco, herido. A la derecha se veía un ala retorcida, la otra sobresalía entre las altas hierbas de la izquierda, no

muy lejos de donde había ido a parar la hélice descontrolada. Además de la pierna enfundada en un pantalón vaquero azul, vio una mano y un brazo seccionados. La mano parecía estar señalando una cabeza, como diciendo «Eso es mío». Una cabeza de mujer, a juzgar por la melena. Los cables eléctricos que había junto a la carretera estaban cortados. Yacían chispeando y retorciéndose sobre el arcén.

Más allá de la cabeza y del brazo se veía el cilindro retorcido del fuselaje de la avioneta. Barbie leyó **NJ3**. Si antes llevaba algo más escrito, había quedado arrancado.

Sin embargo, nada de eso era lo que lo había dejado anonadado y sin respiración. La rosa Tragedia ya había desaparecido, pero el fuego seguía ardiendo en el cielo. Combustible en llamas, sin duda. Pero...

Pero caía por el aire en una capa delgada. Al otro lado y a través de ella, Barbie podía ver el paisaje de Maine: todavía apacible, sin reaccionar aún, pero con cierto movimiento a pesar de todo. Temblaba como tiembla el aire sobre un incinerador o sobre un bidón con fuego. Era como si alguien hubiese derramado gasolina en un panel de cristal y luego la hubiera prendido.

Casi hipnotizado —al menos así era como se sentía—, Barbie empezó a caminar de regreso hacia el lugar del accidente.

## 5

Su primer impulso fue cubrir los restos de los cadáveres, pero había demasiados. Entonces vio otra pierna (esta con pantalones verdes de sport) y un torso femenino enredado en una mata de enebro. Podía quitarse la camisa y echarla por encima de la cabeza de la mujer, pero ¿y después de eso? Bueno, llevaba otras dos camisas en la mochila...

Entonces llegó un coche procedente de Motton, la primera ciudad en dirección hacia el sur. Uno de esos pequeños todoterreno ligeros, y venía deprisa. Alguien que había oído el impacto o visto la explosión. Ayuda. Gracias a Dios, ayuda. Caminando con un pie a cada lado de la línea blanca y a bastante distancia del fuego que seguía cayendo del cielo de aquella forma tan extraña, como agua des-

lizándose por el cristal de una ventana, Barbie alzó los brazos por encima de la cabeza y los cruzó formando grandes X.

El conductor tocó el claxon una vez para indicarle que lo había visto y después pisó el freno y dejó unos doce metros de goma en el asfalto. El hombre casi había salido del coche antes de que el pequeño Toyota verde se detuviera; un tipo alto y larguirucho, con una melena canosa que asomaba por debajo de una gorra de béisbol de los Sea Dogs. Corrió hacia un lado de la carretera para esquivar la cascada de fuego.

—¿Qué ha pasado? —gritó—. ¿Qué coño es...?

Se golpeó contra algo. Fuerte. No había nada, pero Barbie vio que la nariz de aquel tipo se aplastaba hacia un lado y se rompía. Cayó de espaldas y luego logró sentarse con cierto esfuerzo. Miró a Barbie con ojos aturridos e interrogantes mientras la sangre manaba de su nariz y su boca y se derramaba sobre la pechera de su camisa de trabajo. Barbie le correspondió con esa misma mirada.

# **JUNIOR Y ANGIE**

Los dos niños que estaban pescando cerca del Puente de la Paz no miraron hacia arriba cuando la avioneta pasó volando por encima de ellos, pero Junior Rennie sí lo hizo. Estaba una manzana más abajo, en Prestile Street, y reconoció el sonido. Era el Seneca V de Chuck Thompson. Levantó la mirada, vio la avioneta y agachó la cabeza enseguida: la reluciente luz del sol que se filtraba entre los árboles le atravesó los ojos con un relámpago de agonía. Otro dolor de cabeza. Últimamente los padecía muy a menudo. A veces la medicación podía con ellos. Otras, sobre todo en los últimos tres o cuatro meses, no lo conseguía.

Migrañas, decía el doctor Haskell. Lo único que sabía Junior era que le dolía como si se acabara el mundo y que la luz intensa lo empeoraba, sobre todo cuando la migraña estaba incubándose. A veces pensaba en las hormigas que Frank DeLesseps y él habían achicharrado cuando eran niños. Cogían una lupa y enfocaban los rayos de sol sobre ellas mientras entraban y salían del hormiguero. El resultado era un estofado de hormigas. La diferencia era que ahora, cuando empezaba a incubarse uno de sus dolores de cabeza, su cerebro era el hormiguero y sus ojos se convertían en dos lupas.

Tenía veintiún años. ¿De verdad debía resignarse a convivir con aquello hasta que cumpliera los cuarenta y cinco, que era cuando el doctor Haskell le había dicho que las migrañas a lo mejor remitían?

Puede. Pero esa mañana no iba a detenerlo un dolor de cabeza. Podría haberlo detenido el hecho de ver el 4Runner de Henry McCain o el Prius de LaDonna McCain en el camino de entrada; en ese caso a lo mejor habría dado media vuelta, habría vuelto a su

casa, se habría tomado otro Imitrex y se habría acostado en su habitación con las persianas bajadas y un paño frío en la frente. Y quizá habría sentido que el dolor empezaba a disminuir a medida que la migraña descarrilaba, aunque probablemente no. En cuanto esas arañas negras conseguían meter una pata...

Volvió a levantar la mirada, esta vez entrecerrando los ojos para que no le molestara esa luz odiosa, pero el Seneca ya no estaba, incluso el rumor del motor (también exasperante, todos los sonidos eran exasperantes cuando se presentaba una de esas malas putas) se había desvanecido. Chuck Thompson con algún aspirante a héroe o heroína del aire. Y aunque Junior no tenía nada contra Chuck —apenas lo conocía—, de repente deseó con una ferocidad infantil que su alumno la cagara pero bien y estrellara la avioneta.

Preferiblemente en mitad del concesionario de coches usados de su padre.

Otro latigazo de dolor restalló dentro de su cabeza, pero aun así subió los peldaños de la entrada de los McCain. Había que hacerlo. Hacía ya mucho que había que hacerlo, joder. Angie merecía que le dieran una lección.

*Pero con una lección pequeña vale. No pierdas el control.*

Le respondió, como si la hubiera invocado, la voz de su madre. Esa voz pagada de sí misma a más no poder. *Junior siempre ha sido un niño con muy mal carácter, pero ahora lo controla muchísimo más. ¿A que sí, Junior?*

Bueno. Vale. Lo había conseguido. El fútbol americano le había ayudado, pero ya no tenía el fútbol. Ya ni siquiera tenía la universidad. Solo tenía migrañas. Y hacían que se sintiera como un hijoputa miserable.

*No pierdas el control.*

No. Pero pensaba hablar con ella con dolor de cabeza o sin él.

Y, como solía decirse, a lo mejor tendría que dejar que su mano hablara por él. ¿Quién sabe? Si con eso Angie se sentía peor, tal vez él conseguía sentirse mejor.

Junior llamó al timbre.

Angie McCain acababa de salir de la ducha. Se puso un albornoz, se anudó el cinturón y después se envolvió el pelo mojado con una toalla.

—¡Ya va! —gritó mientras bajaba casi al trote la escalera hacia la planta baja.

Sonreía un poco. Era Frankie, estaba prácticamente segura de que sería Frankie. Las cosas por fin empezaban a arreglarse. El cabrón del pinche (guapo pero aun así cabrón) se había marchado de la ciudad o iba a marcharse, y los padres de ella no estaban. Bastaba juntar esos dos datos para captar la señal divina de que las cosas empezaban a arreglarse. Frankie y ella podrían dejar atrás toda la mierda y volver a estar juntos.

Sabía exactamente cómo tenía que hacerlo: primero abriría la puerta y luego se abriría el albornoz. Allí mismo, a plena luz del día de ese sábado por la mañana, donde cualquiera que pasara podría verla. Primero se aseguraría de que fuera Frankie, claro. No tenía la menor intención de exhibirse ante el viejo y seboso señor Wicker si llamaba a la puerta con un paquete o una carta certificada, aunque aún faltaba por lo menos media hora para el reparto del correo.

No, era Frankie. Estaba segura.

Mientras abría la puerta, su suave sonrisa se ensanchaba en un gesto risueño de bienvenida, quizá no muy afortunado, pues tenía los dientes bastante apiñados y del tamaño de pastillas de chicle gigantes. Ya tenía la mano en el nudo del albornoz. Pero no lo desató. Porque no era Frankie. Era Junior, y parecía muy enfadado...

Le había visto antes esa expresión lúgubre —muchas veces, de hecho—, pero nunca tan lúgubre desde octavo, cuando Junior le rompió el brazo al hijo de los Dupree. Ese mariquita se había atrevido a mover su culito en pompa hasta la cancha de baloncesto de la plaza del pueblo y había preguntado si podía jugar. Angie suponía que el rostro de Junior había exhibido esa misma expresión tempestuosa aquella noche en el aparcamiento del Dipper's, pero, claro, ella no había estado allí, solo se lo habían contado. Todo el mundo en Mill se había enterado. El jefe Perkins la había llamado para ha-

blar con ella, ese Barbie de las narices estaba allí, y al final también aquello se había sabido.

—¿Junior? Junior, ¿qué...?

Entonces Junior la abofeteó, y ahí, en gran medida, todo pensamiento cesó.

### 3

A esa primera no le puso muchas ganas porque estaba en el umbral y no tenía bastante espacio para coger impulso; solo había podido echar el brazo atrás a medias. Tal vez no le habría pegado (al menos no para empezar) si no le hubiera recibido con esa sonrisa —Dios, pero qué dientes, ya en el colegio le daban grima— y si no lo hubiera llamado Junior.

Claro que en el pueblo todo el mundo lo llamaba Junior, incluso él pensaba en sí mismo como en Junior, pero no se había dado cuenta de lo mucho que lo detestaba, de que lo detestaba tanto que prefería ahogarse en una papilla de gusanos antes que oír cómo salía de entre las espeluznantes lápidas que tenía por dientes esa puta que tantos problemas le había causado. Su sonido le perforó la cabeza igual que el resplandor del sol cuando levantó la vista para mirar la avioneta.

Para ser una bofetada dada a medias, no había estado mal. Angie se tambaleó hacia atrás, se dio contra el poste del pie de la escalera y la toalla se le cayó de la cabeza. Unas greñas de pelo mojado color castaño se le quedaron pegadas en las mejillas; parecía Medusa. La sonrisa había sido reemplazada por una expresión de asombro y perplejidad, y Junior vio que le caía un hilillo de sangre de la comisura de la boca. Eso estaba bien. Más que bien. Esa puta se merecía sangrar por lo que había hecho. Tantos problemas, no solo para él, sino también para Frankie y Mel y Carter...

La voz de su madre en su cabeza: *No pierdas el control, cielo. Estaba muerta y ni aun así dejaba de darle consejos. Dale una lección, pero pequeña.*

Y realmente podría haberse limitado a eso, pero entonces a ella se le abrió el albornoz y Junior vio que iba desnuda. Vio esa mata de pelo oscuro encima del folladero, ese puto folladero piojoso

que no daba más que problemas, joder, si te parabas a pensarlo esos folladeros eran los culpables de todos los putos problemas del mundo, y la cabeza le latía, le palpitaba, le martilleaba, se le aplastaba, se le hacía pedazos. Era como si en cualquier momento fuese a producirse una explosión termonuclear. Un pequeño y perfecto hongo atómico saldría disparado de cada oreja justo antes de que explotara todo lo que tenía por encima del cuello, y Junior Rennie, que no sabía que tenía un tumor cerebral —el viejo y decrepito doctor Haskell ni siquiera había considerado tal posibilidad en un joven recién salido de la adolescencia que, por lo demás, estaba completamente sano—, se volvió loco. No fue una buena mañana para Claudette Sanders ni para Chuck Thompson; a decir verdad, en Chester's Mill no fue una buena mañana para nadie.

Sin embargo, a pocos les fue tan mal como a la ex novia de Frank DeLesseps.

4

Ella tuvo dos pensamientos medio coherentes cuando se apoyó en el poste de la escalera y vio los ojos desorbitados de Junior y cómo se mordía la lengua: la mordía con tanta fuerza que hundía los dientes en ella.

*Está loco. Tengo que llamar a la policía antes de que me haga daño de verdad.*

Se volvió para correr del recibidor a la cocina, donde descolgaría el auricular del teléfono de pared, aporrearía el 911 y luego simplemente chillaría. Dio dos pasos, pero entonces tropezó con la toalla con la que se había envuelto el pelo. Enseguida recuperó el equilibrio —había sido animadora en el instituto y todavía conservaba ciertas habilidades—, pero ya era demasiado tarde. Su cabeza de pronto tiró de ella hacia atrás, y Angie vio volar sus pies por delante de ella. Junior la había agarrado del pelo.

Tiró de ella hasta tenerla contra su cuerpo. Estaba ardiendo, como si tuviera muchísima fiebre. Angie sentía el acelerado latido de su corazón: un-dos, un-dos, huyendo.

—¡Zorra mentirosa! —le gritó al oído, clavándole una punzada de dolor hasta lo más profundo de su cabeza.

También ella chilló, pero su propia voz le pareció tenue e intrascendente en comparación con la de él. Entonces Junior le rodeó la cintura con los brazos y ella se sintió propulsada por el vestíbulo a una velocidad frenética; tan solo los dedos de los pies rozaban la moqueta. Le cruzó por la mente algo así como el emblema del capó de un coche en plena fuga, y de pronto estaban en la cocina, inundada por la brillante luz del sol.

Junior volvió a gritar. Esta vez no de furia, sino de dolor.

## 5

La luz lo estaba matando, le freía los sesos, que aullaban de dolor, pero no dejó que eso lo detuviera. Ya era demasiado tarde para eso.

Corrió con ella sin aminorar el paso hacia la mesa de formica de la cocina. El mueble la golpeó en el estómago, se desplazó y chocó contra la pared. El azucarero, el salero y el pimentero salieron volando. La respiración de Angie dejó escapar un gran estertor. Asiéndola por la cintura con una mano y de las greñas mojadas con la otra, Junior la hizo girar y la lanzó contra el frigorífico. Angie se estrelló contra él con estrépito y casi todos los imanes cayeron al suelo. Estaba aturdida y pálida como la cera. Ahora, además del labio inferior le sangraba la nariz. La sangre relucía sobre su piel blanca. Junior vio que su mirada se desplazaba hacia el banco de carnicero de la encimera, lleno de cuchillos, y, cuando Angie intentó levantarse, él le clavó un rodillazo en toda la cara. Sonó un crujido sordo, como si a alguien se le hubiese caído una pieza de porcelana —una fuente, tal vez— en la habitación de al lado.

*Esto es lo que tendría que haberle hecho a Dale Barbara*, pensó Junior, y retrocedió unos pasos al tiempo que se apretaba las sienes palpitantes con las manos. De sus ojos brotaban lágrimas que descendían por las mejillas. Se había mordido la lengua con fuerza —la sangre se deslizaba por la barbilla y goteaba en el suelo—, pero él ni siquiera lo notó. El dolor de cabeza era demasiado intenso.

Angie estaba tirada boca abajo entre los imanes de la nevera. En el más grande ponía LO QUE HOY ENTRA POR LA BOCA

MAÑANA ASOMA POR EL CULO. Junior pensó que Angie se había desmayado, pero de repente se estremeció de pies a cabeza. Los dedos le temblaban como si estuviera preparándose para tocar algo complejo al piano. (*El único instrumento que esta zorra ha tocado en su vida es la flauta de carne*, pensó.) Entonces empezó a sacudir las piernas arriba y abajo, y los brazos no tardaron en hacer lo mismo. De pronto parecía que Angie intentaba alejarse de él a nado. Joder, estaba sufriendo una maldita convulsión.

—¡Basta ya! —gritó Junior. Después, cuando la vio evacuar—: ¡Basta ya! ¡Deja de hacer eso, zorra!

Se arrodilló, puso una rodilla a cada lado de su cabeza, que se meneaba arriba y abajo. Su frente golpeaba las baldosas del suelo una y otra vez, como esos moros de mierda cuando saludan a Alá.

—¡Basta ya! ¡Para de una puta vez!

Angie empezó a proferir un gruñido. Sonó sorprendentemente fuerte. Madre de Dios, ¿y si la oía alguien? ¿Y si lo pillaban allí? Eso no sería como explicarle a su padre por qué había dejado los estudios (algo que Junior, por el momento, todavía no había encontrado el valor de hacer). Esta vez sería peor que ver su paga mensual reducida al setenta y cinco por ciento a causa de esa maldita pelea con el cocinero, la pelea que había instigado esa zorra inútil. Esta vez, Big Jim Rennie no podría convencer al jefe Perkins y a los tocacojones del pueblo. Esta vez podía acabar...

De pronto le vino a la cabeza la imagen de los inquietantes muros verdes de la Prisión Estatal de Shawshank. No podía acabar allí, tenía toda la vida por delante. Pero acabaría allí. Aunque ahora le cerrara la boca, acabaría allí. Porque Angie hablaría tarde o temprano. Y su cara —que tenía mucha peor pinta que la de Barbie después de la pelea en el aparcamiento— hablaría por ella.

A menos que la hiciera callar del todo.

Junior la agarró del pelo y la ayudó a aporrearse la cabeza contra las baldosas. Esperaba que perdiera el conocimiento, porque así él podría terminar de... bueno, lo que fuera..., pero el ataque no hacía más que empeorar. Angie empezó a golpear el frigorífico con los pies y el resto de los imanes cayeron a modo de ducha.

Junior le soltó el pelo y la agarró del cuello:

—Lo siento, Ange —dijo—, no tendría que haber sido así.

Pero no lo sentía. Lo único que sentía era miedo y dolor, y es-

taba convencido de que Angie, en aquella cocina horriblemente luminosa, nunca dejaría de oponer resistencia. Se le estaban cansando los dedos. ¿Quién hubiera pensado que estrangular a una persona sería tan difícil?

En algún lugar, muy lejos, hacia el sur, se oyó una detonación. Como si alguien hubiese disparado una escopeta muy grande. Junior no le prestó atención. Lo que hizo fue redoblar la presión y, por fin, la resistencia de Angie empezó a remitir. En algún lugar, mucho más cerca —en la casa, en ese mismo suelo—, se oyó algo así como una campanilla. Alzó la mirada, tenía los ojos muy abiertos, creyó que era el timbre de la puerta. Alguien había oído el alboroto y allí estaba la poli. La cabeza le explotaba, le parecía que se había dislocado todos los dedos, y para nada. Una imagen terrible pasó fugazmente por su cabeza: Junior Rennie entrando escoltado en el juzgado del condado de Castle, con la chaqueta de algún policía encima de la cabeza, para comparecer ante el juez.

Entonces reconoció el sonido. Era el mismo que emitía su ordenador cuando se iba la electricidad y tenía que cambiar a la alimentación de batería.

Bing... Bing... Bing...

*¿Servicio de habitaciones? Mándeme una habitación más grande*, pensó, y luego siguió estrangulando. Angie ya había dejado de moverse, pero él siguió durante un minuto más, con la cabeza vuelta hacia un lado para intentar no oler la peste que soltaba su mierda. ¡Qué típico de ella dejar un regalo de despedida tan repugnante! ¡Igual que todas! ¡Mujeres! ¡Las mujeres y sus folladeros! ¡No eran más que hormigueros cubiertos de pelo! ¡Y ellas que decían que el problema eran los hombres...!

## 6

Estaba inclinado sobre su cuerpo ensangrentado, cagado e indudablemente muerto, preguntándose qué hacer a continuación, cuando oyó otra lejana detonación procedente del sur. No era una escopeta; demasiado fuerte. Una explosión. Igual al final resultaba que la lujosa avioneta de Chuck Thompson se había estrellado... No era imposible; en un día en el que te propones a gritarle a al-

guien —a cantarles las cuarenta, nada más que eso— y ella va y te obliga a matarla, cualquier cosa era posible.

Empezó a oír el aullido de una sirena de la policía. Junior estaba seguro de que era por él. Alguien había mirado por la ventana y lo había visto estrangulándola. Eso lo hizo reaccionar. Se encaminó hacia el recibidor y llegó hasta la toalla que se le había caído de la cabeza con la primera bofetada. Entonces se detuvo. Vendrían por allí, precisamente por allí. Aparcarían delante, y con esas nuevas y resplandecientes luces LED lanzarían dardos de dolor a la masa de alaridos en que se había convertido su pobre cerebro...

Se volvió y corrió otra vez hacia la cocina. Miró abajo antes de pasar por encima del cadáver de Angie, no pudo evitarlo. Cuando iban a primero, a veces Frank y él le tiraban de las trenzas y ella les sacaba la lengua y ponía ojos bizcos. Esta vez sus ojos sobresalían de las cuencas como dos canicas y tenía la boca llena de sangre.

*¿Le he hecho yo esto? ¿De verdad he sido yo?*

Sí. Había sido él. Y esa mirada fugaz le bastó para entender por qué. Esos dientes, joder. Esas hachas descomunales.

Una segunda sirena se unió a la primera, y luego una tercera, pero se alejaban. Gracias a Dios, se alejaban. Se dirigían al sur por Main Street, hacia el lugar donde habían sonado las detonaciones.

Pero Junior no se entretuvo. Se escabulló con paso furtivo por el patio trasero de los McCain sin darse cuenta de que, para cualquiera que casualmente estuviera mirando, aquello era como gritar que era culpable de algo (nadie miraba). Al otro lado de las toa-terras de LaDonna había una alta valla de tablones con una puerta. Tenía un candado, pero colgaba abierto del picaporte. En todos los años que había rondado por allí cuando aún estaba creciendo, Junior jamás lo había visto cerrado.

Abrió la puerta. Al otro lado había matorrales y un sendero que conducía hasta el sordo rumor del arroyo Prestile. Una vez, cuando tenía trece años, Junior había espiado a Frank y a Angie mientras se besaban en ese sendero: ella le rodeaba el cuello con los brazos, y la mano de él le cubría un pecho. Comprendió entonces que su infancia casi había terminado.

Se inclinó y vomitó en la corriente. Los destellos del sol refle-

gados en el agua eran maliciosos, terribles. Entonces su visión se aclaró lo suficiente para ver el Puente de la Paz a su derecha. Los niños ya no estaban allí pescando, pero vio un par de coches de la policía que bajaban a toda velocidad por la cuesta de la plaza.

La alarma de la ciudad se había disparado. El generador del ayuntamiento se había puesto en marcha, como se suponía que debía hacer en caso de apagón, permitiendo que la alarma transmitiera su mensaje de desastre a altos decibelios. Junior gimió y se tapó los oídos.

En realidad, el Puente de la Paz no era más que una pasarela peatonal cubierta que ya estaba destartada y combada. Su verdadero nombre era Paso de Alvin Chester; se había convertido en el Puente de la Paz en 1969, cuando unos niños (en aquel momento habían corrido por el pueblo rumores sobre la identidad de los autores) habían pintado en un lado un gran símbolo de la paz de color azul. Allí seguía, pero ya no era más que un fantasma desvaído. El Puente de la Paz había estado clausurado durante los últimos diez años. Ambas entradas estaban cerradas por sendas X de cinta policial de PROHIBIDO EL PASO, pero aún se usaba, por supuesto. Dos o tres noches por semana, miembros de la Brigada Tocacojones del jefe Perkins enfocaban sus linternas allí dentro, siempre desde uno u otro lado, nunca desde ambos. No querían trincar a los chavales que iban allí a beber y a darse el lote, solo asustarlos. Todos los años, en la asamblea municipal, alguien proponía la demolición del Puente de la Paz, alguien proponía su restauración, y ambas propuestas quedaban siempre aplazadas. El pueblo, por lo visto, tenía un deseo secreto, y ese deseo secreto era que el Puente de la Paz se quedara tal como estaba.

Ese día, Junior Rennie se alegró de ello.

Se arrastró a lo largo de la orilla norte del Prestile hasta que estuvo debajo del puente —las sirenas de la policía ya casi no se oían, la alarma de la ciudad bramaba más fuerte que nunca— y trepó hasta Strout Lane. Miró en ambas direcciones, después pasó corriendo junto al cartel que decía SIN SALIDA, PUENTE CERRADO. Se agachó para pasar bajo la cruz de cinta amarilla e internarse en las sombras. El sol se abría camino a través de los agujeros del techo y dejaba caer monedas de luz sobre los gastados tablones de madera del suelo; después del resplandor de aquella cocina infernal, aque-

llo era una oscuridad maravillosa. Las palomas zureaban entre las vigas. Esparcidas a lo largo de las paredes de madera había latas de cerveza y botellas de Allen's Coffee Flavored Brandy.

*No lograré salir de esta. No sé si hay restos de mí debajo de sus uñas, no recuerdo si me ha agarrado o no, pero está mi sangre. Y mis huellas dactilares. Solo tengo dos opciones: huir o entregarme.*

No, existía una tercera. Podía matarse.

Tenía que llegar a casa. Tenía que correr las cortinas de su habitación y convertirla en una cueva. Tomarse otro Imitrex, tumbarse, quizá dormir un poco. A lo mejor después sería capaz de pensar. ¿Y si iban a buscarlo mientras estaba dormido? Bueno, eso le ahorraría el problema de tener que escoger entre la Puerta #1, la Puerta #2 o la Puerta #3.

Junior cruzó la plaza principal del pueblo como si no pasara nada. Cuando alguien —un viejo al que solo reconoció vagamente— le cogió del brazo y le preguntó: «¿Qué ha pasado, Junior? ¿Qué sucede?», Junior se limitó a sacudir la cabeza, se quitó de encima la mano del viejo y siguió andando.

Detrás de él, la alarma de la ciudad bramaba como si fuera el fin del mundo.